



Capítulo 292 - Alexa busca venganza

El bar estaba sumido en la sombra, con el hedor intenso a cerveza rancia y cigarrillos pegado a las paredes. El mostrador era de madera desgastada, rayado por décadas de frustraciones y confesiones de borrachos. Y allí, sentada sola con una chaqueta oscura y el pelo recogido en un moño despeinado, estaba Alexa Wykes.

Ella miró fijamente el fondo de su vaso como si pudiera revelar algún significado al caos en su cabeza.

La bebida le quemó la garganta. Pero no fue suficiente para silenciar las voces. Los gritos. Las miradas de quienes confiaron en ella... y murieron.

"...Lo siento", murmuró, apenas audible.

Los recuerdos llegaban a ráfagas... el olor a sangre fresca, el suelo de madera manchado, los cuerpos mutilados. Uno de ellos seguía sonriendo... incluso sin cabeza.

Ian. El beta más leal que había tenido. Amaba la poesía, odiaba la violencia. Había jurado protegerla hasta el final.

El final llegó demasiado rápido.

Se sirvió otro trago, pero le temblaba la mano. Cerró los ojos un momento y respiró hondo.





Fue entonces cuando su teléfono vibró en el bolsillo de su chaqueta.

Le tomó un momento alcanzarlo. Algo pesado le pesaba en el alma, y el mundo podía esperar. Pero cuando miró la pantalla, se le heló la sangre.

Virgilio.

Primero vino una foto.

Ella le dio un golpecito.

Su cara.

Alex.

Magullado, encadenado, más bestia que hombre... pero aún respirando. Aún vivo.

Su vaso se le resbaló de la mano y se hizo añicos en el suelo, derramando lo que quedaba de la bebida.

Las pupilas de Alexa se dilataron. «Esto no es real... no puede ser real... ¿Estoy borracha?»

Pero antes de que pudiera reaccionar, el teléfono volvió a vibrar. Una llamada. Contestó por instinto, casi sin aliento.

"¿H-hola?", dijo Vergil con un sarcasmo exasperante, casi juguetón.





Mira la foto que te acabo de enviar. Te espero en casa. ¿Ese pedazo de mierda que querías borrar de la existencia? Sí... Lo encontré en uno de mis viajes. Lo dejaron ahí tirado como un perro callejero.

Alexa no pudo responder de inmediato. Los sonidos del bar se desvanecieron. La conversación lo absorbió todo. Un zumbido sordo llenó su cabeza. Sus manos apretaron el teléfono con tanta fuerza que casi lo rompe.

"... ¿En qué condición se encuentra?" logró preguntar con voz temblorosa.

La respuesta goteaba como un dulce veneno: «Perfecta. Entera. Bonita. Toda arreglada para que puedas hacer lo que quieras. Mátalo... tortúralo... desgarralo con toda esa rabia que has estado reprimiendo».

Alexa se mordió el labio hasta sangrar.

Podía verlo. Como si estuviera ahí mismo. Como si esas cadenas no sujetaran a un monstruo, sino al pasado: un trauma con nombre, rostro y olor.

"Considera mi sótano como la sala VIP de tu venganza, Alexa." Su nombre, salido de la boca de Vergil, resonó como un trueno en la parte posterior de su cráneo.

Sus ojos comenzaron a brillar: ámbar, sobrenatural. Las luces del bar parpadearon, reaccionando a la oleada emocional que emanaba de su cuerpo.

Cerró los ojos. Los rostros de sus caídos recorrieron su mente.

Ian. Sasha. Derek. Lya. Tantos otros... Todos muertos por su culpa.



Y ahora... ahora podía terminarlo.

"Voy para allá", susurró, su voz era una promesa: no solo de venganza, sino de cierre. De liberación.

La llamada terminó.

Se quedó allí un momento, mirando el teléfono como si acabara de abrir las puertas del infierno... y ella estuviera lista para atravesarlo.

Entonces se levantó. Tiró unos billetes sobre el mostrador, cogió su chaqueta y salió por la puerta, con los ojos aún encendidos.

Afuera, el frío matutino seguía siendo intenso, de esos que congelan los pulmones al primer aliento. Pero en su interior... algo ardía. No era rabia. No era tristeza. Algo más antiguo. Más profundo. Un fuego que se negaba a seguir enjaulándose.



Salió del bar sin mirar atrás. Los cristales rotos, las miradas desviadas, el silencio tras su arrebató... nada de eso importaba ya. El peso del recuerdo, las voces de sus muertos, las miradas vacías que había jurado proteger... todo volvió a inundarla con el toque de esa llamada. Con su nombre.

Se detuvo frente a la motocicleta por un segundo.

Pero su cuerpo rechazó la idea.

No había tiempo. No había paciencia. No había frenos.



En un solo movimiento, puro instinto, Alexa desapareció.

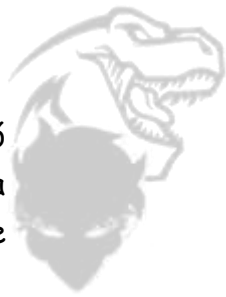
Su cabello naranja intenso con puntas verdes se convirtió en una ráfaga de velocidad deslumbrante. Atravesó las calles como un rayo silencioso, deslizándose entre los coches, ignorando los semáforos, rompiendo la lógica de la ciudad... y del mundo.

El viento aullaba a su alrededor. La gente solo veía la estela que dejaba atrás.

El fuego dentro de ella, el mismo que una vez fue alimentado por el amor y luego retorcido por el dolor, ahora era combustible puro.

Rápido.

Alexa llegó a la mansión sin sentir las piernas ni el paso del tiempo. Atravesó las puertas con un empujón furioso y no se detuvo a respirar. La puerta principal cedió bajo su fuerza, estrellándose contra la pared con un fuerte crujido.



Y entonces, el shock.

Justo en la entrada se encontraba una mujer voluptuosa de cabello negro azabache: un diminuto bikini, pantalones cortos ajustados y la expresión de alguien completamente imperturbable. Morgana. A su lado, una niña con gafas de sol le cogía la mano con calma, como si fueran al parque. Alice.

Más allá del pasillo, Sapphire se paseaba como una modelo de pasarela, con un traje de baño rojo y dorado que hacía juego con su mirada felina. Y no estaban solas. Katharina se apoyaba en la pared, bebiendo una bebida fría. Roxanne, Ada, Stella, Raphaeline, todas en traje de baño, como si la mansión se hubiera convertido en una fiesta en la piscina.

Alexa no preguntó nada.

El fuego en su interior se topó con un frío diferente: la confusión. Pero antes de que pudiera estallar —de nuevo—, Katharina le dedicó una sonrisa irritantemente serena y señaló con su vaso:

"Aquí atrás, segunda escalera a la derecha. Está en el sótano. Con tu hermano."

Eso fue suficiente.

Alexa no habló. Ella solo corrió.

Bajó las escaleras como si el mundo estuviera a punto de derrumbarse. Cada escalón desaparecía bajo sus pies a una velocidad casi sobrenatural: con el corazón palpitante, la garganta seca y los ojos encendidos. La oscuridad del sótano dio paso rápidamente a un cálido resplandor que provenía del interior.



Y entonces se detuvo.

Vergil estaba allí. Sentado en un sencillo taburete de madera, con... ropa de playa. Bañador estampado, camisa abierta y sandalias. Apenas habían pasado diez minutos desde la llamada, ¿y tenía ese aspecto?

—Bueno... tu hermana está aquí —dijo con esa sonrisa relajada, poniéndose de pie como si estuvieran a punto de salir a una barbacoa dominical.

Pero en el momento en que se puso de pie, Alexa ya estaba sobre él.



El impacto del abrazo fue casi una placa. Un movimiento desesperado y ardiente, estrellándose contra su pecho como si estuviera a punto de desmoronarse.

Vergil parpadeó, sorprendido. Se rio entre dientes, sin saber qué hacer al principio, pero finalmente la abrazó, sintiendo, sintiendo de verdad, cuánto temblaba.

—Oye, oye... tranquilo —murmuró, con la voz más baja, como si le hablara a algo demasiado frágil para este mundo—. Te dije que lo traería para que lo mataras, ¿recuerdas? No te pongas sentimental.

Pero Alexa no respondió.

Ni una sola palabra.

Ella simplemente lo abrazó con más fuerza, como si intentara fusionarse con él. Como si aferrarse a él fuera la única manera de evitar que el caos interior la devorara.

Y por primera vez en mucho tiempo, Vergil no interrumpió el momento con palabras. Simplemente se quedó allí, sosteniendo a su querida amiga como un puerto firme en medio de la tormenta que rugía en su interior.

"Que patético."

La voz cortó el silencio como una espada sucia.

Alexa parpadeó, el calor del abrazo aún presionaba su pecho mientras escuchaba el comentario proveniente de la celda de adelante.





"¿Así que de eso se trataba? ¿Me secuestraste porque te acuestas con mi hermana?"

Alex.

Su tono era repulsivo, venenoso, se aferraba a la burla como si ésta le otorgara algún tipo de poder.

Vergil ni siquiera lo miró.

"Alexa", la llamó con calma, con la mirada fija en ella. "¿Puedo hacer algo?"

Ella dudó, confundida por la pregunta.

"¿Eh? S-sí, creo que sí...", respondió ella, todavía conmovida, sin entender del todo.

Eso era todo lo que necesitaba.

Vergil se apartó suavemente del abrazo, respiró profundamente... y sin prisa, abrió la puerta de la celda.

Alex todavía estaba encadenado, pero como una rata acorralada, se abalanzó de todos modos; sus garras se extendieron hacia Vergil en un último acto desesperado de arrogancia.

Pero no importaba.





Con un simple movimiento de su mano, las garras se rompieron como vidrio fino.

"Oye, pequeño gusano..." dijo Vergil, acercándose, en voz baja y casi juguetona, "Déjame decirte algo".

Antes de que Alex pudiera reaccionar, un grito recorrió el aire.

"¡AAAAHHHH!!"

El sonido del dolor era agudo y grotesco. Sus dedos fueron aplastados, uno a uno, con un solo golpe brutal y limpio.

Virgilio no se detuvo.

Agarró la mano destrozada de Alex con la facilidad con la que se sujeta la basura. Entonces, sus ojos se oscurecieron.

"Le pusiste una mano encima", dijo, con la voz ahora hirviendo de furia.

Levantó la mano empapada de sangre de Alex y, con la otra, agarró su cabeza, colocando los dedos alrededor de su ojo izquierdo.

El mismo lado que la cicatriz de Alexa.

"Heriste lo que es máspreciado para mí."

Sin magia. Sin armas.





Sólo rabia fría y despiadada.

Con una crueldad deliberada y precisa, presionó y le arrancó el ojo a Alex con la mano desnuda.

El grito que siguió no era sólo de dolor: era desesperación, impotencia.

Era el sonido de un monstruo que se daba cuenta de que finalmente se había encontrado con un depredador mayor.

Vergil dejó caer el ojo al suelo como si fuera basura.

Luego se volvió hacia Alexa, sus ojos aún oscuros, pero su expresión... tranquila.

Como si dijera: "Ahora te toca a ti".

